

“CIENCIA VETERINARIA..”

BOLETIN

SE PUBLICA LOS DIAS 1 Y 15

Plaza de Santo Domingo, 13. - Teléfono 21956

NUM. 47

Madrid, 1 de junio de 1942

AÑO III

Carlos Risueño y Mena (1778-1847)

V Y ÚLTIMO

Constituye un hecho desconcertante que Risueño empezara sus publicaciones con un Diccionario de Veterinaria cuando la profesión sólo contaba con una existencia de varios quinquenios. Rastreando los motivos de esta publicación, he descubierto noticias muy curiosas.

En un informe del protector de la Escuela, Duque de Alagón, de fecha 25 de

noviembre de 1830, habla de las causas que impidieron «el no haberse llevado a perfecta ejecución la idea promovida por don Félix Colón—otro protector de la Escuela—de la formación de un Diccionario de Veterinaria» (28). Posteriormente, en unos papeles de Villalba profesor que fué de la Escuela a finales del siglo XVIII, encontré más noticias de este Diccionario, e incluso un índice de palabras sobre higiene y terapéutica, cuestiones encargadas a Villalba (29). Sin duda, Risueño, ya Veterinario, debió tener conocimiento de esta idea o, al revés, la idea de publicar un diccionario

estaba tan divulgada, que fué acogida por el protector de la Escuela.

Cualquiera que fuese la génesis de la idea, no encuentro justificada la publicación de un Diccionario de Veterinaria en momentos que la profesión inicia una nueva orientación científica.

Corresponde a Risueño el mérito de haber cumplido el propósito de publicar el primer Diccionario de Veterinaria. En esta obra procuró el autor «reunir todos los conocimientos útiles que sobre medicina veterinaria he hallado en los autores antiguos y modernos, tanto nacionales como extranjeros» (página XI). El propósito corresponde muy bien al contenido de un diccionario.

Independientemente de la agrupación de los temas, siguiendo el sistema alfabético, los diccionarios abarcan el conjunto total de conocimientos lingüísticos, técnicos, etc., de un idioma, ciencia o arte; constituyen un inventario de la cultura o especialidad en el momento de su publicación: el diccionario representa la suma de conocimientos en fase estática, como resumen y compendio del pasado, como reflejo del presente. Acertó Risueño publicando un Diccionario al empezar la nueva etapa de la profesión veterinaria; la albeitería, la mariscalería, eran fases caducas, clase a extinguir. Al fundarse las Escuelas de Veterinaria, en este momento preciso, hace un inventario, una exposición de conjunto de todos los hechos, un relato enciclopédico de los conocimientos referentes a medicina veterinaria: el diccionario era la forma más fácil para una completa narración.

En el siglo XIX todas las ciencias renuevan su contenido y cambian los métodos de adquirir conocimientos; la observación empírica se reemplaza por la experimentación; los hechos prácticos legados por la tradición milenaria sufrieron una revisión radical y completa; la autoridad del maestro quedaba anulada ante el hecho comprobado; en lo sucesivo, los fenómenos de la biología animal servirían de base al arte veterinario.

Todo cambiará: el progreso científico así lo exigía, y resultaba impropio resistir sus mandatos. Ha convenido, al iniciar

cambio tan radical, tener un inventario exacto, completo, de los conocimientos informativos y formativos de la clásica veterinaria, y este inventario, por lo que respecta a España, quedó completo en el Diccionario de Risueño. Una obra resumen contiene escasas aportaciones personales, representa una abundante recolecta de los conocimientos de los demás, seleccionados con un criterio más o menos certero. La lectura de los clásicos y de los modernos, los príncipes de la Veterinaria mundial, y con más interés los españoles, dieron suficientes materiales a Risueño para redactar su Diccionario. Hombre culto, muy documentado en la práctica profesional, supo aprovechar con gran discreción, tanta abundancia de materiales para escribir su obra.

Acoge Risueño en su Diccionario todas las voces de la antigua albeitería, describiendo su significado de acuerdo con las ideas reinantes en su época; con su explicación hace comprensibles los términos y las ideas de los antiguos. Para el historiador de nuestra profesión, el Diccionario de Veterinaria representa una guía indispensable publicada en el umbral donde se separa la albeitería y la veterinaria, libro que sirve de enlace a la doble faz profesional, formando un cuerpo único de doctrina que unirá tanto el pasado como el porvenir.

La fase evolutiva que marca nuestra profesión al comenzar el siglo pasado fué algo más trascendental que el cambio de una denominación en el título y la creación de nuevo organismo administrativo; el cambio llegó a la médula, tanto en la enseñanza y formación del profesional como en la aplicación práctica. Un cambio tan profundo acarrió también un léxico nuevo, de comprensión más universal, para explicar los fenómenos de la vida animal, conocidos y observados algunos, de reciente descubrimiento otros, y el conjunto formaba la cultura veterinaria.

En un diccionario, aunque sea de contenido técnico, merece también cuidar la parte filológica, y Risueño atiende cumplidamente semejante obligación sin entorpecer el propósito inicial del desarro-

DICCIONARIO
DE VETERINARIA
Y SUS CIENCIAS AUXILIARES,

Por Don Carlos Poisueño,

Catedrático de Patología general y especial de la Real Escuela
Veterinaria de Madrid.

TOMO I.

MADRID:

*Se halla en la librería de Perez, calle de las Carretas,
frente el Correo.*

1829.

llo de cada palabra, como tema de estudio práctico.

Con una gran amplitud trazó Risueño el plan de su Diccionario: recoge voces de anatomía, fisiología, patología, terapéutica, cirugía, etc.; naturalmente, no todas las palabras tienen igual extensión. Al desarrollo de los conocimientos clínicos dedica una mayor amplitud; el texto está escrito para veterinarios prácticos; también contiene voces de zootecnia, botánica... La obra es un verdadero resumen enciclopédico de todos los conocimientos veterinarios de la época. Según afirma Llorente, «en este trabajo—en la publicación del Diccionario—le auxiliaron varios, y entre otros, para la botánica, don José Demetrio Rodríguez». El autor no menciona en ninguna página del libro semejante colaboración.

He dicho que varía mucho la extensión que concede Risueño a cada palabra; en algunos casos se limita simplemente a la definición; en cambio, en cuanto a temas de patología especial y de terapéutica farmacológica o quirúrgica, el texto adquiere amplitudes de pequeña monografía. En tales casos domina un criterio ecléctico en orden a las ideas científicas; el propósito del autor es escribir un tratado práctico de aplicación inmediata, practicismo que informa todos los diccionarios; hasta la misma disposición alfabética se escoge, porque facilita la consulta y presta inmediatamente el servicio que se le pide.

Es un tópico vulgar que los diccionarios contienen todas las palabras menos la que se busca, como juicio sintético de su inutilidad; otros defectos señalaría a los diccionarios menos el de carecer de palabras. Pero no es el momento de divagar sobre el tema. Una observación somera nos demuestra la gran aceptación de los diccionarios, porque satisfacen exigencias de la vida moderna: aprovechar el tiempo, encontrar la solución rápidamente con el menor esfuerzo, exigencias que ha impuesto a los autores de libros, especialmente en obras magistrales y didácticas, a poner un índice de materias que transforman en diccionario el texto

del libro sin romper su plan y disposición discursiva.

Por la fecha de la publicación, por el acierto del autor, el Diccionario de Veterinaria de Risueño llega a nosotros con una pátina de extraordinario valor histórico; es obra que necesariamente ha de ser consultada por cuantas personas quieran estudiar la evolución de la Veterinaria española. En mis lecturas de los clásicos de la albeitería he encontrado una guía valiosa en el Diccionario de Risueño; sin este auxiliar se pierden o resultan confusos muchos conceptos antiguos. Ignoró el éxito que alcanzó al publicarse; a mi juicio no era el libro más indicado para los primeros veterinarios; es cierto que el tratado de Malats era muy malo, mejor dicho, deficiente; los originales franceses fueron los primeros textos de Veterinaria escritos por aficionados, que Malats no mejoró ni renovó; así, los veterinarios necesitaban obras que contribuyeran a su formación cultural, siguiendo un método más didáctico que agrupar temas por orden alfabético; el diccionario daba soluciones, pero no contribuía a formar una cultura veterinaria; el diccionario remedia la inteligencia sin reforzar su caudal formativo, y menos ayudar a la disciplina mental.

Extrañándome mucho el que Risueño iniciase esta forma de publicación, he procurado buscar en la bibliografía de la época una posible influencia, un ejemplo, y no he encontrado nada semejante. Risueño es el primer autor que ha publicado un diccionario de Veterinaria. El título completo de la obra es el siguiente: «Diccionario de Veterinaria y sus ciencias auxiliares». El conjunto de la obra se compone de cinco tomos, impresos en 4.º, a dos columnas, todos en Madrid. La fecha de cada uno de los volúmenes es la siguiente: 1829, 1830, 1832, 1833 y 1834. Los tomos contienen 420-460 páginas. La parte tipográfica, muy bien cuidada, hace agradable la lectura y destacan muy bien las diferentes palabras.

La obra, de gestación antigua, debió ser preparada en las forzosas vacaciones que le impulsó el proceso de su impuri-

ficación política; el éxito editorial debió ser escaso, aun cuando todos los veterinarios comprobaran el libro como provechosa obra de consulta. El escaso contingente de profesionales no agotó la primera tirada. A primeros de siglo aun quedaban en los depósitos de las viejas librerías—no librerías de viejo—ejemplares de este diccionario para su venta.

Años después publicó una segunda obra de Patología general y especial; la génesis del libro nos la refiere el autor en los siguientes términos: la falta de textos españoles obligaba a «los catedráticos de la Escuela de Veterinaria a poner en manos de sus discípulos los manuscritos que contienen sus explicaciones en compendio, a fin de que de este modo éstas les sean más fáciles e inteligibles. Porque, ¿qué resulta? Que los alumnos invierten en las copias un tiempo precioso que podrían dedicar al estudio con más aprovechamiento... Convencido el excelentísimo señor Duque de Alagón de estas verdades y de la necesidad de obras elementales para la enseñanza, propuso en uno de los artículos de la Ordenanza que actualmente rige que los catedráticos formasen en un tiempo determinado los elementos de sus respectivas asignaturas... Y no restando ya otra cosa que cumplir con el mandato, me dediqué con ardor, a fin de poder lo más pronto posible, y con el esmero que exige tan delicado como interesante asunto, formar los que me competen, comprendiendo, por consiguiente, en ellos la patología general y especial, que es el curso que está puesto a mi cuidado.» («Patología», pág. XII.)

Tema muy bien dominado por el autor, que llevaba treinta años ejerciendo la profesión en la especialidad clínica, nada de extraño tiene que la «Patología» de Risueño fuera muy estimada entre los primeros veterinarios.

En esta obra, Risueño tropieza en un grave defecto, disculpable por ser la moda: me refiero a seguir una clasificación artificiosa de las enfermedades, que, creyendo facilitar el estudio de la patología, dificulta su conocimiento y constituye un grave entorpecimiento para consultar una dolencia determinada.

La clasificación, según Risueño, equivale a la «distribución metódica de objetos que tienen una o muchas relaciones naturales en diferentes grupos, determinados por los grados de semejanza que estos objetos presentan entre sí. Este método lo han aplicado los nosologistas a las enfermedades, dividiéndolas en clases, órdenes, géneros, especies y variedades, con el fin de facilitar y abreviar el estudio de los diferentes males que padecen los animales. Toda clasificación patológica debe tener por base los síntomas que dan a conocer la enfermedad, las causas que las producen y los síntomas que ocupan; para esto es necesario conocer con exactitud todas estas circunstancias, formar historias individuales de cada aspecto, siguiendo toda su marcha y confirmando con la necroscopia.» (30).

Convencido de la utilidad de las clasificaciones, siguiendo la terminología y las gradaciones de las ciencias naturales, Risueño acepta como la más práctica para el estudio de la patología animal la clasificación de Vatel. Todo cuanto el autor pregona a favor de las ventajas de la clasificación se torna, según antes dije, en confusión y dificultades.

Escrita toda la «Patología» en un lenguaje claro, conciso y práctico, obra de un consumado clínico, resulta de consulta enojosa, y gracias a un índice alfabético dispuesto al final permite encontrar el tema que deseamos consultar. En la descripción de las enfermedades en particular, llamado «género» en su clasificación, sigue un método que conocemos en la actualidad: definición, patogenia, sintomatología, terminación, necroscopia (anatomía patológica), pronóstico y tratamiento; los epígrafes «sintomatología» y «terapéutica» son de un gran valor práctico: el autor hace referencia en muchas enfermedades a los síntomas en el ganado vacuno y lanar.

La obra forma dos pequeños volúmenes en 8.º, y contiene la patología general y toda la especial, incluso las enfermedades de naturaleza parasitaria y epizooticas. Llorente advierte que la «Patología» veterinaria de Risueño «hubo de resentirse en ideas, en lenguaje y clasifi-

caciones de las que aparecieron en su tiempo», muy especialmente influenciado por textos franceses.

Por seguir un criterio impuesto por las circunstancias, hacen de esta «Patología» una obra de escaso valor didáctico, aunque contiene abundancia de conocimientos y están expuestos con claridad y estilo agradable; tan artificiosa, a fuerza de ser ingeniosa; resulta la clasificación de las enfermedades, que obliga a consultar todos los grupos para conocer las dolencias de un órgano determinado. Esta confusión fué causa del escaso éxito del libro. Años después (1854), su discípulo y sucesor Llorente escribió un tratado de **patología general y especial que, distando mucho de los conocimientos y la práctica clínica de Risueño, resultó la obra de más fácil estudio, mejor comprensión, y las ediciones se suceden en pocos años.**

La obra de Risueño se titula «Elementos de patología veterinaria general y especial», Madrid 1834, única edición que se conoce.

Además de estas dos obras originales, Risueño ha publicado una traducción de la monografía «Del vómito accidental en el caballo y otros animales domésticos y de la rumia», escrita en francés por J. Girard, en Madrid, 1825. Folleto muy raro de encontrar, cito por el de mi colección.

De las publicaciones de Risueño, la de mayor crédito, por su contenido científico y por ser interesante y agradable de lectura, es el Diccionario. Siendo en la fecha de su publicación la Veterinaria una profesión nueva, la obra de Risueño fué muy consultada por personas ajenas a la profesión, y se encuentra citada en varias publicaciones como obra de consulta.

Uno de los últimos es el naturalista Graells, Director que fué del Museo de Ciencias Naturales, que recoge muchos párrafos del Diccionario en su Memoria «Fauna mastodológica ibérica» (Madrid, 1897).

Es obra de consulta obligada para cuantos se acercan a sondear en el pasado de nuestra profesión.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (28) Arch. Esc. Vet. Protección, año 1830.
 (29) Papeles de Villalba. B. N. mss. sig. 19576, fol. 278.
 (30) C. Risueño: «Diccionario de Veterinaria», I, pág. 109.

C. SANZ EGAÑA